

# El sueño audiovisual

Cristina Carreras, Carlos Colón, Celia Crespo  
Manuel J. Lombardo, Javier Rodríguez

**HIMMA.** Historia de la Imagen en Movimiento y la Música Audiovisiva.  
Universidad de Sevilla.

**Edita:**

HIMMA, Grupo de Investigación en Historia de la Imagen en movimiento y la Música Audiovisiva. Universidad de Sevilla.

**Coordinación de la edición:**

Celia Crespo Gámez.

**ISBN:**

84 - 688 - 2871 - 8

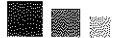
**Depósito legal:**

SE - 2775 - 04



## Índice

PRESENTACIÓN .....	5
<b>Carlos Colón.</b>	
GÉNEROS CLÁSICOS HOLLYWOODIENSES. Una aproximación desde el ámbito actual del cine y la nueva sensibilidad espectral .....	7
<b>Celia Crespo.</b>	
LO QUE EL FUTURO Y LOS SUEÑOS ESCONDEN. Arquitecturas y ciudades para una pantalla en blanco .....	25
<b>Javier Rodríguez.</b>	
APUNTES SOBRE EL INICIO DE LA TELEVISIÓN ESPAÑOLA ...	45
<b>Cristina Carreras.</b>	
EL BAJEL DEL DESIERTO. Una lectura "Conradiana" de Lawrence de Arabia. ....	61
<b>Carlos Colón.</b>	
LOS RESCOLDOS DE LA MODERNIDAD. De la "Nouvelle Vague" al "Dogma95". ....	83
<b>Manuel J. Lombardo.</b>	



## EL BAJEL DEL DESIERTO. Una lectura "Conradiana" de Lawrence de Arabia.

Carlos Colón.

*Su salvación me parecía un milagro, si no fuera porque sé lo duro que puede llegar a ser el hierro viejo... Tan duro, en ocasiones, como el espíritu de algunos hombres que vemos por ahí: no son más que una sombra y, sin embargo, soportan aún el peso de la vida.*

*Joseph Conrad, Lord Jim.*

*Los soñadores despiertos son peligrosos, ya que ejecutan sus sueños con los ojos abiertos para hacerlos posibles.*

*T.E. Lawrence, Los siete pilares de la sabiduría.*

Hay muchas coincidencias entre los universos cinematográficos del segundo David Lean y los universos narrativos de Joseph Conrad, que van más allá de la circunstancia de que Lean falleciera cuando estaba a punto de iniciar el rodaje de *Nostromo*. Si se admitiera —con la cautela a que la arbitrariedad de este tipo de operaciones obliga— la existencia un primer David Lean clásico y "dickensiano" que es no sólo el de "Cadenas rotas" u "Oliver Twist", sino también el de "Breve encuentro", y un David Lean "conradiano" y posclásico que arranca de "El puente sobre el río Kwai" y hubiera debido culminar en "Nostromo", y se buscaran rasgos de homogeneidad temática entre las películas de este segundo periodo, se hallarían al menos cuatro: a) sus acciones se desarrollan en la primera mitad del siglo XX, y fundamentalmente (todas menos una) en su primer cuarto; b) todas menos una están ambientadas fuera de Inglaterra, en las colonias que en esos años empezaban a perderse: Indochina en "El puente sobre el río Kwai", el norte de África en "Lawrence de Arabia", la India en "Pasaje a la India", la Irlanda alzada contra el dominio inglés en "La hija de Ryan"; c) todas tienen como eje dramático central la cadena formada por construcción de una autoimagen como sueño (la aspiración), su ruptura por obra de una realidad adversa e imprevisible (la caída) y su reconstrucción ya dentro de los parámetros de la realidad (la reparación), que son los elementos clave de "El puente sobre el río Kwai", (el coronel Bogey), "Lawrence de Arabia" (E. T. Lawrence), "La hija de Ryan" (Rosy Ryan) y "Pasaje a la India" (Adela). Lo conradiano de Lean consiste no sólo en esa preferencia por los conflictos que se dan en el primer cuarto del siglo XX (que en Conrad es contexto natural y en Lean elección que lo aleja del tiempo de rodaje de estas películas, todas de la segunda mitad del siglo), por la

desaparición en él de un mundo que se contempla a la vez con distancia crítica –por lo que en él había de injusto- y con añoranza –por lo que en él había de noble- como temiendo que los cambios no impidan la injusticia pero sí extingan la nobleza o situar esos conflictos sobre todo en escenarios exóticos en los que la aventura es aún posible, sino por enfrentar un sueño a la realidad, narrar pormenorizadamente como ésta lo destroza hasta dejar al héroe desnudo de sí mismo y darle una oportunidad de redención. Lo más conradiano de Lean, tras el retrato de Lawrence, tal vez sea esa duda sobre sí misma y su destino –duda que abre posibilidades y ya, confrontada con la realidad, es esperanzadora y no destructiva - que el cura le regala a Rosy en el final de “La hija de Ryan”.

El más interesante de estos puntos de contacto entre David Lean y Joseph Conrad se produce en las similitudes entre “Lawrence de Arabia” y *Lord Jim*, hasta el punto que parece evidente que la lectura de la obra de Conrad se superpuso como un filtro a la de *Los siete pilares de la sabiduría* de E. T. Lawrence, el gran libro autobiográfico en el que se inspiró el guión de Robert Bolt y Lean (quienes, y el dato me parece relevante, empezaron a trabajar en el guión del *Nostromo* de Conrad –historia de otro fracaso en la confrontación entre autoimagen y realidad- inmediatamente después de terminar “Lawrence de Arabia”). Tras estas similitudes de índole intelectual –la construcción de un héroe real con materiales tomados de uno novelesco- se esconde un hecho asombroso: la proximidad estilística y dramática entre E. T. Lawrence y Joseph Conrad, o entre *Los siete pilares de la sabiduría* y *Lord Jim*. Con un estilo literario no opuesto y casi en los mismos años<sup>59</sup>, E. T. Lawrence vive la revolución árabe y escribe la primera redacción de su monumental relato que cierra definitivamente la tumba del héroe romántico mientras Joseph Conrad escribe los últimos grandes relatos de heroísmo romántico de la literatura universal<sup>60</sup>.

Lawrence es un Jim sin Patusan redentor, que –para su desgracia- encuentra además su Patna al final y no al inicio de su aventura. Más bien, que vive hechos que se convierten en ese Patna –el símbolo de la realidad que al asaltar por sorpresa destroza toda autoimagen heroica- que nadie sabe cuando habrá de aparecerse, siendo su carácter imprevisible la clave de su poder. Estos

<sup>59</sup>. La revolución árabe tuvo lugar entre 1913 y 1916, Lawrence empezó a publicar su obra a partir de 1921 y *Lord Jim* fue escrita entre 1919 y 1920 y publicada este último año.

<sup>60</sup>. Ya sólo podrá vivir en el western cinematográfico, por ser el cine una innatural prolongación del relato romántico y de su universo de valores hasta la disolución del cine clásico en los años cincuenta, por obra de cambios sociales, culturales, políticos y comunicacionales. El ciclo lo representaría John Ford, desde la *maupassoniana* “La diligencia” hasta la homérica “Centauros del desierto”, cuyo final –Ethan no pudiendo entrar en el recinto doméstico y volviendo al desierto- es comparable a las renuncias al reconocimiento y la estabilidad de Lawrence (rechazando los honores y pidiendo el traslado) y Jim (renunciando al amor de la joven de Patusan para inmolarsse ante Doramin).



hechos, este Patna de Lawrence, crean un conflicto en el que contienen un elemento de realidad (mundo) y un elemento de lucidez (conciencia) que le marcan su límite como héroe (sueño). Recordemos que el Patna, el viejo barco gobernado por una tripulación innoble, es el lugar imprevisible que hace posible la desertión de Jim, quien -en medio de la tormenta, rodeado sólo por la abyecta tripulación y los aterrorizados peregrinos musulmanes, por lo tanto sin testigos heroicos capaces de apreciar su talante heroico, a solas consigo mismo en la inmensidad del mar- opta por saltar al bote de salvamento y abandonar el barco, haciéndose igual a quienes desprecia y distanciándose ya para siempre de aquellos a quienes admira; distanciándose sobre todo de la "imagen admirable" de sí mismo que había construido y a la que aspiraba como proyecto de vida. Lawrence -víctima de esa doble conjunción de "mundo" y "conciencia" que hacen imposible el "sueño" heroico- anota pormenorizadamente en su obra autobiográfica las etapas de este descenso hasta un fondo de sí mismo en el que el héroe que todos creen que es y él quiere ser es imposible:

"Pasaba la mayor parte del tiempo a solas -escribe-, tomando nota de donde me hallaba mentalmente: en mi trigésimo cumpleaños. Extrañamente me vino entonces a la cabeza mi propósito, cuatro años antes, de llegar a ser general y caballero, cuando cumpliera los treinta. Aquellas dignidades temporales se hallaban ya a mi alcance, aunque mi sensación de falsía entre los árabes me había curado de toda ambición mundana: dejándome tan solo el deseo de conseguir una buena reputación entre mis hombres. Semejante deseo me hacía sospechar profundamente de mi sinceridad para conmigo mismo. Sólo un actor muy bueno podía crear una impresión tan favorable. Allí estaban los árabes creyendo en mí, Allenby y Clayton confiando en mí, mi guardia de corps dispuesta a morir por mí: y empezaba a preguntarme si todas las grandes reputaciones, al igual que la mía, no estarían fundadas en el fraude... Empecé a diseccionar mis creencias y motivaciones, rebuscando a tientas en mi negra oscuridad".

### ***El Patna.***

En el extenso fragmento de Lord Jim en el que, con su característico estilo de "congelación narrativa", como si detuviera la acción en un plano fijo mientras la voz off del narrador profundizara en lo que subyace bajo las acciones, convirtiéndolas en pretexto para que se muestre esa "parte de nosotros mismos que, como la otra cara de la luna, lleva una existencia oculta en perpetua oscuridad"<sup>61</sup>, como si lo que sucede fuera invocado, más que provocado, por esa oscura y tremenda fuerza de lo oculto para mostrarse, narra el salto del Patna está la clave de la tragedia y de la culpa de Jim. Nos vamos a centrar en el relato

<sup>61</sup>. Conrad, J. *Lord Jim*. Pre-textos, Valencia, 1998. Pág. 123.

que Conrad hace de este momento –en la larga conversación que mantiene con Marlow una noche, durante el juicio, y que éste refiere a unos ociosos contertulios años después de que ocurrieran los hechos- para comprar la autoconciencia heroica de Jim con la de Lawrence, los elementos que la quebraron y las formas de reparación con que ambos héroes purgan su culpa. Habla Conrad a través de su alter ego narrativo Marlow, testigo de la confesión de Jim:

“Antes de que yo pudiese reaccionar (Jim) continuó, con los ojos perdidos en la lejanía, como descifrando lo escrito en el cuerpo de la noche.

-Todo consiste en estar preparado. Yo no lo estaba. No en aquel momento. No trato de disculparme, pero sí me gustaría explicar... Me gustaría que alguien lo entendiese... alguien... Bastaría una persona. Usted. Sí, usted, ¿por qué no?

Todo esto resultaba de una solemnidad un tanto ridícula, como ocurre siempre con estos esfuerzos por salvar de la quema la idea que uno tiene de lo que debería ser su identidad moral, esa convención aparentemente tan valiosa y que, sin embargo, sólo es una regla más del juego, sólo eso; aunque sea tan terriblemente efectiva, al suponérsele un poder absoluto sobre los instintos, y su fracaso merezca los peores castigos...

Jim comenzó su relato con cierta calma. A bordo de aquel vapor de la línea Dale que los había recogido a los cuatro de un bote que flotaba sobre el discreto resplandor del mar al atardecer les habían mirado mal desde el primer día. El capitán había contado alguna historia, los otros permanecieron callados y, de momento, les creyeron [...] No le pregunté a Jim sobre sus sentimientos durante los diez días que pasó a bordo. Por el modo como pasó sobre esa parte, creí tener motivos para pensar que estaba medio aturdido por lo que acababa de descubrir sobre sí mismo; sin duda andaba buscando una explicación, dirigida al único capaz de apreciar la tremenda magnitud del caso. . Entiéndame, no es que quisiera restarle importancia. De eso estoy seguro, y esto es lo que le hacía distinto a los otros. Con respecto a qué sintió cuando tocaron tierra y oyó el final imprevisto de esa historia en la que había jugado un papel tan lamentable, de eso no me dijo nada. Y no es fácil de imaginar. ¿Sintió que el suelo se hundía bajo sus pies? [...]

-Así que el mamparo aguantó, después de todo –comenté, en tono de broma.

-Sí –murmuró-, claro que aguantó. Y le juro que yo mismo sentí como se había abombado por la presión del agua.

-Resulta asombroso lo que puede llegar a aguantar un pedazo de hierro -dije.

Repantigado en su silla, con las piernas extendidas, tíasas, y los brazos colgando, asintió débilmente varias veces. No logro imaginar un espectáculo más deprimente. De pronto levantó la cabeza, se enderezó en su asiento, si dio una palmada en el muslo, y estalló:

-Dios mío ¡qué ocasión perdida! ¡Qué ocasión perdida!

Y la segunda vez que dijo "perdida" sonó a grito arrancado por el dolor [...] Pude ver que en esa mirada suya que se adentraba en la noche iba todo su ser, lanzado de cabeza a un ámbito imaginario de temerarias aspiraciones heroicas. No había tenido tiempo de lamentar lo que había perdido; lo que le absorbía por completo, en todo su ser, era más bien lo que no había conseguido [...] A cada instante se adentraba más en un mundo de gestas románticas. Y llegó al centro mismo de ese mundo. Una extraña expresión de felicidad se extendió por sus facciones. Sus ojos chispearon a la luz de la vela que ardía entre nosotros. Sonrió. Había llegado a lo más hondo, sí, a lo más hondo. Ni mi cara ni la de ninguno de ustedes, amigos míos, lucirá jamás una sonrisa de éxtasis como aquella. Le hice volver otra vez a tierra al decirle:

-¡Si no hubiera abandonado el barco, desdichado!

Se volvió hacia mí, con los ojos repentinamente cargados de dolor y estupor y el rostro trastornado con una expresión de espanto y sufrimiento, como si acabara de caerse de una estrella [...] No estaba yo de humor para compadecer a nadie. Sus contradicciones resultaban irritantes.

-Sí que es una pena que no hubiese previsto lo que iba a pasar -le dije, con la peor intención. Pero mi dardo insidioso resultó inofensivo: cayó a sus pies, digámoslo así, como una flecha sin fuerza, y él ni siquiera se dignó recogerla. A lo mejor ni siquiera la vio. En ese momento, repatingado en su asiento, exclamó:

-¡Al infierno! Le digo que estaba a punto de ceder. Yo estaba revisando la diagonal del sollado, linterna en alto, cuando un pedazo de hierro oxidado tan grande como la palma de mi mano se desprendió de la plancha, él solito -se pasó la mano por la frente-. Aquella cosa se movió y saltó como si estuviera viva, mientras la miraba.

-Y eso le hizo perder los nervios -comenté, como el que no quiere la cosa.

-¿De verdad cree usted -respondió- que pensaba en mí, con ciento sesenta personas a mis espaldas, todas dormidas? Y eso sólo en el entrepuente... Había muchos más a proa, y más todavía en cubierta, todos dormidos, ajenos a lo que estaba pasando: el triple de los que hubiesen cabido en los botes, si hubiera habido tiempo para intentarlo. Pensé que la plancha iba





a reventar de un momento a otro, mientras yo estaba allí parado, y que el torrente de agua se los llevaría a todos por delante mientras dormían... ¿Qué podía hacer? ¿Qué?

Puedo imaginármelo perfectamente en medio de aquella especie de caverna oscura atestada de gente, con la linterna iluminando un pequeño fragmento de un mamparo que tenía detrás todo el peso del océano, y la respiración de los durmientes en sus oídos. Puedo verlo mirando la plancha de acero con ojos espantados, asustado por la caída del trozo de herrumbre, abrumado por la conciencia de una muerte inminente. [...] Me dijo que su primer impulso fue gritar, hacer que toda esa gente pasara directamente del sueño al terror. Pero le invadió una abrumadora sensación de desamparo y fue incapaz de emitir sonido alguno. [...]

En silencio, pues, saltó a la cubierta por la escotilla número uno [...] Confesó que las rodillas no dejaron de temblarle mientras permaneció en el puente de proa, contemplando otra multitud dormida. [...] El barco de hierro, los hombres blancos, todas aquellas imágenes y sonidos, cuanto ocurría a bordo le resultaba igualmente extraño a aquella multitud ignorante y devota, que confiaba ciegamente en lo que jamás llegaría a comprender. Era una suerte, pensó Jim, que fuera así: la sola idea de lo que estaba pasando era terrible.

No olviden que él estaba seguro, como lo hubiera estado cualquier otro en su lugar, de que el barco se hundiría de un momento a otro; de que aquellas planchas combadas, corroídas por el óxido, que contenían el océano acabarían por ceder, como un dique minado, y darían paso a un diluvio repentino, incontenible. Se paró a contemplar estos cuerpos yacentes, como quien, consciente de estar condenado, pasa revista a la compañía silenciosa de los muertos. Porque estaban muertos. Nada podía salvarlos. Puede que hubiese botes para la mitad, pero no quedaba tiempo. No, no quedaba tiempo. No valía la pena despegar los labios, mover una mano o un pie. Antes de que pudiera gritar tres palabras, dar tres pasos, estaría debatiéndose en un mar blanqueado por los esfuerzos desesperados de los seres humanos, vuelto llanto por la angustia de los gritos de ayuda. Y no había ayuda posible. Veía lo que iba a suceder: estaba viviéndolo ya, parado junto a la escotilla, con la linterna en la mano..., viviendo hasta el último detalle horripilante. [...]

-Vi, con tanta claridad como le veo a usted ahora, que no había nada que hacer. Era como si mis miembros hubieran dejado de responderme. Pensé que lo mismo daba quedarse allí y esperar. Creía que no me quedaban ni unos segundos... [...]

Insistió en que no pensaba en su propia salvación. El único pensamiento claro que se formaba, se desvanecía y volvía a formarse en su cerebro era: ochocientas personas y siete botes, ochocientas personas y siete botes. [...]

-¿Cree que yo tenía miedo a morir? –preguntó, en voz baja, pero furiosa; con la palma de la mano dio un golpe en la mesa que hizo bailar las tazas-. Estoy dispuesto a jurarlo. No lo tenía... Por Dios, juro que no. [...] Algunos miembros de la tripulación –prosiguió Jim- dormían encima de la escotilla número uno, al alcance de mi brazo.

Jim estuvo a punto de agarrar y sacudir el hombro del lascar más cercano, pero no lo hizo. Algo le impidió levantar los brazos. No era miedo, ¡claro que no! Simplemente, no pudo. Puede que no le tuviese miedo a la muerte, pero yo les diré de qué tenía miedo: de una situación de emergencia. Su maldita imaginación le había anticipado los horrores del pánico, la desbandada arrollándolo todo, los gritos lastimeros, los botes inundados: todas las penosas incidencias de un desastre en el mar, que él sólo conocía de oídas. Es posible que estuviera resignado a morir, pero sospecho que quería morir sin terrores añadidos, en calma, en una especie de trance pacífico. Una cierta predisposición a morir no es del todo infrecuente, pero sí lo es dar con hombres cuyos espíritus, revestidos con la armadura impenetrable de la resolución, estén dispuestos a luchar hasta el final en una batalla perdida. El anhelo de paz se va haciendo más fuerte conforme se pierden las esperanzas; hasta que, al final, supera incluso el deseo mismo de vivir. Todos lo hemos observado, o hemos experimentado un sentimiento parecido en nosotros mismos: ese agotamiento extremo de las emociones, la vanidad de todo esfuerzo, el anhelo de paz. Los que han luchado contra fuerzas irracionales lo saben bien...

[...]

...Reinaba esa horrible calma que antecede a la catástrofe, ese silencio insoportable del instante que antecede a la explosión. Fue entonces cuando se le ocurrió que quizás estuviera aún a tiempo de correr a cortar los cabos que sujetaban los botes, para que quedaran a flote cuando el barco se hundiera. [...] Hasta ahí, me atrevería a decir, era un primer oficial irreprochable.

-Cuando conseguí llegar al puente, aquellos canallas estaban intentando sacar uno de los botes de sus calzos. ¡Un bote! [...] El capitán, pendiente del bote, volvió la cara y se me acercó con la cabeza gacha, gruñendo como una fiera... [...]

"-Vaya, eres tú. Échame una mano, rápido. [...]

"-¿No va a hacer nada? –pregunté.

-"Sí, largarme —dijo con un gruñido, mirándome por encima del hombro.

[...]

—...Piensa que soy un canalla, por quedarme allí... ¿Qué hubiera hecho usted? ¿Qué? No lo sabe. Nadie lo sabe...

[...]

...La suya era una disputa sutil, pero decisiva, sobre la verdadera esencia de la vida. [...] A mí me obsesionaba el misterio de su actitud, como si él solo tuviera que dar la cara por todos los de su especie, como si la oscura verdad que estaba en juego fuera lo bastante decisiva para afectar el concepto que la humanidad tiene de sí misma... [...] Llevaba mucho tiempo anticipando peligros y defensas, esperando lo peor, ensayando lo mejor de sí mismo... ¿Pueden imaginárselo? Una aventura tras otra, tanta gloria, ¡una carrera triunfal! Y un acendrado sentido de su propia sagacidad presidiendo todos y cada uno de los días de su vida interior... [...] (Pero) le habían cogido por sorpresa... [...] Todo le había traicionado. [...] Con los nervios, parece ser, (los canallas) habían conseguido atascar completamente el pestillo que sujetaba el bote de proa a sus calzos; y perdido, además, los últimos vestigios de lucidez que hubiesen necesitado para percatarse de las consecuencias fatales del accidente. Debía ser todo un espectáculo: la briega de estos miserables... [...] Jim lo presenció, y podía contarle con desprecio y amargura [...] El mundo seguía inmóvil ante sus ojos. Nada le impedía imaginarse el brusco salto hacia arriba del horizonte oscuro, el repentino volcarse de la inmensa llanura marina, la rápida subida del nivel de las aguas, el revolcón brutal, el abrazo del abismo, la lucha en vano, la luz de las estrellas cerrándose para siempre para siempre sobre su cabeza como la losa de una tumba, la resistencia de su vida joven, el negro final. Podía verlo. ¡Dios mío! ¿Y quien no? No olviden que era todo un maestro en ese singular arte, un pobre diablo dotado de la facultad de anticiparse a los hechos. Las imágenes que esa facultad le había mostrado lo habían petrificado de la cabeza a los pies [...] Permaneció en el lado de estribor del puente, lo más lejos que pudo de la lucha por el bote, que continuó con el frenesí de la locura y la cautela de una conspiración [...] No podía hacer nada, y estaba solo. Lo único que podía hacer era hundirse con el barco [...] Seguía allí parado, en silencio, envarado por la idea de que había un cierto heroísmo en su discreción [...] ...El maquinista corrió de nuevo hacia donde estaba Jim.

-¡Ven a echarnos una mano, hombre! ¿Estás tan loco que vas a desperdiciar tu única oportunidad? Venga, ayúdanos. Mira lo que viene por ahí.

Por fin Jim se dignó volver la vista a popa, hacia donde el otro señalaba con maniática insistencia. Y vio unos nubarrones silenciosos que cubrían ya un tercio del firmamento [...]



-Era completamente negra –prosiguió Jim... Había llegado por detrás, a traición. Era una cosa infernal. Supongo que, en el fondo, mi mente abrigaba todavía alguna esperanza, no sé. Pero ahora sí que no quedaba ninguna. Creí volverme loco al verme sin escapatoria. Me sentía enfurecido, como si estuviese atrapado. Y lo estaba [...] ...Había echado a correr como un loco por el puente... Hizo el intento de cortar los cables de los botes de salvamento... Sacó el cuchillo y se puso a dar cuchilladas como quien no ha visto ni oído nada, o ignora que hay otras personas a bordo [...] Cuando hubo acabado regresó al mismo punto donde se encontraba al principio. Allí seguía el jefe de máquinas, dispuesto a no dejarle escapar esta vez sin decirle unas palabritas en voz baja, muy cerca, como si le fuera a morder:

-¡Estúpido! ¿Crees que cuando todos esos salvajes estén en el agua se van a acordar de ti? ¡Vaya! Si pueden, intentarán golpearte en la cabeza, desde esos botes.

Y apretaba los puños sin que Jim hiciera el menor caso [...] No tardó en aparecer (el maquinista) con el martillo en la mano. Sin pérdida de tiempo se lanzó al pestillo (que impedía liberar el bote)... Jim oyó los golpes del martillo, el sonido del calzo al caer. El bote estaba libre. Entonces, sólo entonces, se dignó mirar. Pero manteniendo la distancia. Si, mantuvo la distancia. Y quería que yo lo supiera. Y que no tenía nada en común con los del martillo... Nada de nada. Es posible que se creyera separado de ellos por una barrera infranqueable, por un obstáculo imposible de superar, por una sima sin fondo... Sus pies permanecían clavados en aquel punto remoto, pero no perdía de vista el grupo en el que se confundían los demás, todos agachados y agitándose de una manera extraña, sometidos a una misma tortura: el miedo [...] Empujaban el bote la parte de proa, empujaban hacia donde no se veía más que noche cerrada, y ni una vez se volvieron a mirar a Jim. Lo consideraban un caso perdido, como si se hallara demasiado lejos, irremediamente separado de ellos, y no mereciese la pena desperdiciar con él ni un ruego, ni una mirada, ni un gesto. No tenían tiempo de pararse a admirar esta especie de heroísmo pasivo y sentir el reproche de su abstención [...] Empujaban con las manos y las cabezas; empujaban para salvar sus vidas, con todo el peso de sus cuerpos y todo el empuje de sus almas... Y en cuanto consiguieron empujar la roda un poco más allá del pescante salieron corriendo todos a una y comenzó una furiosa rebatía por meterse dentro. El resultado fue que el bote osciló bruscamente y cayeron todos de espaldas, dándose empellones y codazos... Así, hasta las tres veces. Jim me las describió con morosidad...

-Los aborrecía, los odiaba. Me obligaron a presenciar todo aquello –dijo, sin énfasis, dirigiéndome una mirada penetrante y sombría-. No sé de ninguna otra persona que haya pasado jamás por un trance tan vergonzoso.

Dos veces, me dijo, cerró los ojos con el convencimiento de que el final ya se cernía sobre él, y dos veces hubo de abrirlos de nuevo. En las dos ocasiones notó que la oscuridad de la noche en calma se había acentuado. La sombra de la nube silenciosa había alcanzado ya la vertical del barco y parecía haber apagado todos los sonidos de vida que bullían en su interior. Jim no oía ya voces bajo los toldos. Cada vez que cerraba los ojos, me dijo, veía, como en un destello, y con tanta claridad como a la luz del día, aquella multitud de cuerpos que esperaban la muerte. Cuando los abría, era para ver la lucha confusa de cuatro individuos peleándose con un bote testarudo.

-Tomé la decisión de mantener los ojos cerrados -dijo- y no fui capaz. No fui capaz, no me importa decirlo. Quien me critique tendría que haber pasado por un trance semejante... Haberlo pasado, y haberlo hecho mejor que yo, claro. La segunda vez los párpados se me abrieron de golpe, y la boca también: el barco se había movido... Hacía días que no se balanceaba así. La nube nos había adelantado y la primera racha de oleaje parecía avanzar por un mar de plomo. No había vida en ese movimiento. Y, sin embargo, fue suficiente para hacer que algo se tambaleara dentro de mi cabeza. ¿Qué hubiera hecho usted? Está usted muy seguro de sí mismo, ¿no? ¿Qué haría usted si, ahora mismo, sintiera que el edificio se mueve, se mueve un poquito nada más bajo su silla? Daría un salto. ¡Claro que sí! Tomaría impulso en el mismo punto en que está sentado y aterrizaría en ese seto de ahí. [...] El momento culminante había llegado, como él pensaba [...] La primera cosa que percibió fue el rechinar de los pesados pescantes girando por fin... La tormenta estaba ahora muy cerca, y una segunda racha de oleaje, más fuerte que la primera, levantó el peso muerto del barco en una ondulación amenazadora que le cortó la respiración, mientras su cerebro y su corazón eran atravesados a un mismo tiempo por alaridos de pánico.

-¡Arriad! ¡Por Dios, arriad! Esto se hunde.

A continuación las cuerdas, las cuerdas que sujetaban el bote chirriaron entre las poleas, y se oyeron las voces sobresaltadas de un montón de hombres bajo las toldillas.

-Cuando estos infelices empezaron a gritar, sus alaridos eran como para despertar a los muertos -dijo.

[...]

Jim oyó, muy por encima de su cabeza, el murmullo débil del viento... El buque empezó a zumbir de proa a popa [...]

-Yo permanecía allí, apoyado en el pescante. Estaba muy tranquilo. La oscuridad era completa. No se veía ni el mar ni el cielo. Oía los golpes del bote al

costado del buque... De pronto, el capitán aulló: "¡Mein Gott! ¡La tormenta! ¡Separémonos del barco!". Con los primeros susurros de la lluvia y la primera ráfaga de viento, gritaron (dirigiéndose a otro miembro de la tripulación, sin saber que había muerto de un ataque al corazón): "¡Salta, George! ¡Te cogemos! ¡Salta!". El barco comenzó a cabecear lentamente. La lluvia lo azotaba como un mar hecho pedazos... Como si estuviera en lo alto de una torre, oí otro grito desgarrado: "¡George! ¡Vamos, salta!". Aquello se hundía poco a poco, de cabeza, bajo mis pies... [...] Y yo ya había saltado... por lo visto [...] No fui consciente de ello hasta que miré hacia arriba... [...]

Había aterrizado sobre alguien, y cayó atravesado sobre uno de los bancos. Le pareció que se había roto todas las costillas del lado izquierdo. Entonces se dio la vuelta y pudo ver vagamente el buque que acababa de abandonar alzándose sobre él, con la luz roja de situación brillando enorme en medio de la lluvia...

-Parecía más alto que una muralla; se cernía como un acantilado por encima del bote... Deseé morir -gimió-. No había vuelta atrás. Era como si hubiera saltado dentro de un pozo, dentro de un agujero sin fondo..."<sup>62</sup>

"No podía haberlo dicho mejor: en efecto, había saltado a un agujero sin fondo -concluye Marlow-. Había caído de una altura a la que nunca podría volver a subir". Esa altura es la de su autoimagen como héroe, la de los ideales de valor, nobleza y lealtad -resumidos en su ser alguien en quien se puede confiar- a los que había consagrado su vida. No caben ni la absolución ni el perdón, actos que dependen de una voluntad ajena y son otorgados por otro, porque el código que se ha roto no es sólo el marcado por las leyes o las opiniones de los hombres, sino el establecido por él propio Jim. Sólo él sabe la altura a la que aspiraba: la misma desde la que cayó y a la que "nunca podría volver a subir". La confianza se rompe de una vez y para siempre. Los otros pueden perdonar o hasta olvidar, y entonces una última acción heroica incluso podría borrar del todo la mancha dejada por la cobardía y la debilidad. El héroe necesita de un testigo que convierta su acción en ejemplo moral para los otros. ¿Tiene sentido el heroísmo sin testigos? En el Patna, Jim creyó sentirse del todo sólo, abocado a una muerte anónima, un cuerpo más entre otros ochocientos cuerpos de ahogados perdidos en la inmensidad del mar o atrapados en las oxidadas entrañas del barco. Pero ese testigo ha de ser también, de alguna forma, heroico, para comprender la magnitud y el sentido de la acción acometida. Sólo el héroe puede narrar al héroe, y sólo quien aspira a serlo puede ser testigo comprensivo de su acción a través

<sup>62</sup>-. Conrad, J. *Lord Jim*. Pre-textos, Valencia, 1998. Trad. De José Manuel Benítez Ariza. Págs. 106 a 142.

del relato. Todo otro testigo es susceptible de ser engañado por un impostor o de no saber ver lo que ante él acontece. Por eso, aunque el héroe caído—como hará Jim—huya, se esconda, cambie de escenario y actúe ante quienes no conocen la vergonzosa culpa, y aparezca ante ellos —como sucederá con los nativos de Patusan— como alguien que jamás ha perdido la primera (y única) oportunidad que da la vida para estar a la altura de los sueños, no se concederá a sí mismo una segunda oportunidad. Porque si aparece como héroe sólo porque los otros ignoran lo que ha sucedido, entonces se reconocerá a sí mismo como impostor. Lo que los otros han olvidado, él no lo ha olvidado; lo que los otros han perdonado, él no lo ha perdonado; lo que los otros no saben, él sí lo sabe. ¿Cómo ser el héroe que se había soñado ser, entonces? ¿Olvidando? ¿Perdonando? ¿Ocultando? En ese caso actuaría como los otros, como la mayoría que sobrevive en vez de vivir y está satisfecha consigo misma por haberse propuesto metas muy modestas y por su ilimitada capacidad para autojustificarse, autoabsolverse y autoengañarse cuando fallan incluso en la prosecución de tan minúsculos ideales. En ese caso, el héroe no podría serlo. Es posible que lograra hacer creer a todos que lo era, pero lo único que verdaderamente le importa —si de verdad es un héroe— es serlo para sí mismo y para él mismo y que ese íntimo convencimiento se corresponda con un reconocimiento que excluye el engaño. Por eso Jim se entregó a las autoridades, en vez de huir, tras descubrirse el abandono del Patna. Por eso será reticente a aceptar la oferta de Stein y viajar a Patusan. Por eso se acusará a sí mismo de ser, en el fondo, como los piratas que combate. Y, cuando un gesto de desmedida generosidad lo sitúe moralmente por encima de ellos, provocará una tragedia que pagará con su vida. La comparecencia final de Jim ante el jefe Doramin, habiendo podido huir y guiado —como con crueldad escribe Conrad— por un “borroso ideal ético”, es la única posibilidad que le queda de ser —siquiera en el instante en el que aguarda el disparo que habrá de matarlo, cuando mira con soberbia superioridad en torno suyo— lo que siempre soñó ser.

### **Los “patnas” de Lawrence.**

E. T. Lawrence parece escribir *Los siete pilares de la sabiduría*, su monumental obra autobiográfica, con el mismo criterio con que Jim se entrega al tribunal, narra su tragedia a Marlow o, al final, comparece ante el jefe Doramin: para hacer partícipes a todos de su impostura, como si esa lucidez autodestructiva y ese arrojo al exponerse al juicio de los otros sin ocultar nada fueran otra especie de heroísmo o, mejor, la condición para que el heroísmo fuera posible. Este es el libro de un héroe que sabe que los es (los hechos que protagonizó y halla tan relevantes como para narrarlos prolijamente) pero al mismo tiempo cree que no lo es (los sentimientos que lo azotaron y ha de contar

también, por embarazosos que sean, como única posibilidad de autenticación –aunque al mismo tiempo los pongan en cuestión- de los hechos); por lo tanto, que toma sus acciones heroicas también como impostura y la universal admiración de los otros como resultado de un engaño. “El libro no pretende ser imparcial –escribe en su presentación-. *Luchaba yo por mi cuenta y en mi propio estercolero [...]* Mi propia participación (en la liberación árabe) fue de tipo menor, si bien, debido a mi pluma fácil, mi libertad de palabra y una cierta agudeza mental llegué a ocupar, tal como describo, una cierta y burlona primacía”<sup>63</sup>. Aunque también es consciente de haber protagonizado acciones que cambiaron el curso de la historia y de haber conocido a seres excepcionales –conocidos o anónimos- hacia los que sería *desleal guardar silencio, confiarlos a las crónicas* de quienes no estuvieron allí o a los informes oficiales. “Me pareció históricamente necesario reproducir el relato, dado que probablemente nadie en el ejército de Feisal, aparte de mí, había pensado en aquel entonces poner por escrito lo que sentíamos, lo que esperábamos, lo que pretendíamos”<sup>64</sup>. Más que de hechos, este libro –y en eso se aproxima extraordinariamente a *Lord Jim*- trata de lo subyace bajo ellos, provocándolos o dándoles un sentido que permanece oculto a todos. Si la novela de Conrad es la crónica de la destrucción de un sueño, la obra autobiográfica de Lawrence también lo es: “La historia recogida en estas páginas no es la del movimiento árabe, sino la de mí mismo dentro de él [...]. Es un relato lleno de cosas triviales, en parte para que nadie confunda con la historia los huesos con los que alguien puede hacer algún día historia, y en parte por el simple placer de poder recordar el compañerismo de la rebelión. Nos sentíamos cómodos juntos, recorriendo los anchos espacios, gustando los fuertes vientos y los rayos solares, y compartiendo las esperanzas de aquello por lo que luchábamos. El nuevo amanecer del mundo que había de venir nos embriagaba. Estábamos embargados de ideas vaporosas e inexpresables, pero que nos movían a luchar [...]. Con todo, cuando finalmente rematamos nuestro trabajo y el nuevo día amaneció, el hombre viejo resurgió de nuevo y se apropió de nuestra victoria para conformarla al mundo que le era conocido de antes”<sup>65</sup>.

Este sería el equivalente al Jim de Patusan, feliz de compartir la lucha, la victoria y la esperanza con los nativos. Sin embargo, algo les separa de esa ilusión: a Jim, el recuerdo del Patna; a Lawrence, su autoconciencia de impostura. La tragedia paralela de Jim y de Lawrence –y eso lo advirtió espléndidamente David Lean- no es sólo ser infieles a un sueño, sino convertirse, sabiéndolo, en conductores de hombres que depositan confían en ellos una confianza que ellos

63-. T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*. Júcar Universidad, Gijón, 1986. Págs. 9 y 24.

64-. Id. Pág. 23.

65-. Id. Pág. 24.



mismos creen no merecer. El único matiz que los diferencia es que Lawrence halló su Patusan (lo que le hacía igual a otros en abyección, rompiendo su autoimagen) casi al final de su trayectoria, mientras que Jim lo halló al comienzo. "Todos los hombres sueñan —escribe Lawrence—, pero no todos lo hacen del mismo modo. Aquellos que sueñan de noche en las polvorientas recámaras de sus mentes se despiertan de día para darse cuenta de que todo era vanidad: pero los soñadores despiertos son peligrosos, ya que ejecutan sus sueños con los ojos abiertos para hacerlos posibles"<sup>66</sup>. Este carácter de "soñador despierto" se aviene perfectamente a ambos personajes (entendiendo a Lawrence como personaje de sí mismo en su obra y como personaje de Lean en la película). Ambos aspiran a ser alguien en quien se puede depositar la confianza, y lo logran, pero sólo parcialmente: obtienen esa confianza mintiendo sobre ellos mismos (Jim) o sobre las intenciones de su gobierno (Lawrence), lo que les convierte en héroes desgarrados que actúan como su tarea heroica requiere, pero con la permanente insatisfacción y el íntimo desgarrar de saberse no merecedores de la confianza en ellos depositada y de la admiración que sus actos suscitan. "El gabinete —escribe Lawrence— había puesto a luchar de nuestro lado a los árabes con concretas promesas de autogobierno para después de la victoria. Los árabes creen en las personas, no en las instituciones. Ellos vieron en mí a un agente libre del gobierno británico, y me pidieron que suscribiera por escrito tales promesas. Así que tuve que unirme a la conspiración, y hasta donde podía empeñar mi palabra, garanticé a los hombres su recompensa. Durante los dos años que estuvimos juntos bajo el fuego se acostumbraron a creerme y a pensar que mi gobierno, al igual que yo, era sincero. Con tal esperanza llevaron a cabo hermosas hazañas, pero, por supuesto, en vez de sentirme orgulloso por lo que hacíamos, me sentía continua y acremente avergonzado"<sup>67</sup>. [...] Luchaba por mí mismo en mi propio estercolero<sup>68</sup>.

Hasta el Patna Jim es, por decirlo en palabras de Lawrence, uno de esos hombres que sueñan de noche en las polvorientas recámaras de sus mentes para despertarse de día y darse cuenta de que todo era vanidad. El Patna fue su despertar, y sus tribulaciones hasta que Stein le confía la misión de Patusan fue el largo día en el que hubo de vivir con la conciencia de su vanidad y su fracaso. Hecha esta salvedad, sus destinos son muy parecidos: Lawrence lucha con los árabes contra los turcos por su independencia, pero también para los ingleses por sus intereses coloniales; Jim lucha con los nativos de Patusan contra los piratas por su libertad, pero también para Stein y los intereses de su gran empresa

<sup>66</sup>-. Id. Pág. 25.

<sup>67</sup>-. Id. Pág. 26.

<sup>68</sup>-. Id. Pág. 24.



colonial y de su factoría fluvial. Ambos tienen éxito, a la vez que fracasan. Para ambos, el doble juego –perverso en el caso de Lawrence, inocente en el de Jim– no es sino el pretexto para que las contradicciones de una personalidad compleja y torturada, que ha soñado con el todo y jamás podrá conformarse con menos, estalle. El Patna de Lawrence, en este sentido, no es el engaño de los árabes ni el ser cómplice de las ambiciones coloniales inglesas, sino el no estar a la altura de sí mismo tal y como se ha soñado como proyecto. El fracaso de Lawrence, lo que cambia por completo su perspectiva sobre sí mismo y lo hunde en la amargura aún antes del fracaso político de la revolución árabe, es saberse igual a los peores. En su obra autobiográfica este proceso es descrito lenta y minuciosamente de una forma asombrosamente objetiva. En la película, Lean escoge cuatro momentos –la tortura en el fortín turco<sup>69</sup>, el desilusionado y cínico regreso de Lawrence al combate rodeado de la guardia asesina tras saber del fracaso político de su rebelión, la matanza de los turcos que han asaltado una aldea árabe y torturado a sus habitantes y el incidente del hospital de Damasco– para representar con la precisión y concisión que el cine requiere el “conradiano” descenso de Lawrence al infierno del horror y de la desposesión de sí mismo. Reproducimos, por su importancia para comprender lo acertado de las opciones dramático-narrativas de Lean, los fragmentos de *Los siete pilares de la sabiduría* en los que Lawrence los episodios de la matanza de los turcos y del hospital.

El episodio de la matanza ocupa apenas dos páginas del total de casi mil de la obra, y está situado justo en su conclusión (capítulo CXVII en el X y último libro).

[La columna de Lawrence, cuando el ejército árabe ya es victorioso y los turcos se retiran, llega a una pequeña aldea que había sido atacada por una columna turca en retirada] “La aldea permanecía quieta bajo sus lentas guiraldas de humo blanco, mientras nos acercábamos, puestos en guardia. Bultos grises parecían esconderse entre las altas yerbas, pegados a la tierra con la intimidad propia de los cadáveres. Apartamos la vista de ellos, sabiendo que estaban muertos; pero de su lado salió tambaleándose una pequeña figura, como si quisiera escapar de nosotros. Se trataba de una niña de tres o cuatro años de edad, cuyo sucio mandilón se hallaba teñido de sangre por el hombro y uno de

69-. Los episodios de tortura de “Lawrence de Arabia” y de la versión cinematográfica de “Lord Jim” crean un precioso juego de espejos, ya que Richard Brooks lo incluyó en su película –tan influida por la de Lean– como referencia a Lawrence de Arabia por si no bastara que O’Toole la interpretara. Así, la novela de Conrad tamiza la interpretación que Lean hace de Lawrence, a la vez que esta se refleja sobre la lectura que Brooks hace de la misma novela. Las dos parejas de libros (*Los siete pilares de la sabiduría* y *Lord Jim*) y películas (“Lawrence de Arabia” y “Lord Jim”) conforman uno de los más apasionantes cuartetos literario-cinematográficos de la historia del cine, al que dedicamos un libro que en estos momentos empezamos a redactar y que llevará el mismo título de este artículo.



los lados, sangre que manaba de una ancha y medio desgarrada herida, tal vez una lanzada, justo en la unión del cuello y el tronco.

La niña corrió unos cuantos pasos, luego se paró y nos gritó con un tono asombrosamente alto (todo lo demás estaba en silencio): 'No me mates, baba'. Abd el Aziz, tragando saliva —era su aldea, y la niña podía ser de su familia— saltó de su caballo y tropezó, cayendo de rodillas en tierra, al lado de la niña. Su repentina aproximación asustó a la chiquilla, que alzó los brazos y trató de chillar; pero sólo logró ir a caer sobre un pequeño bulto, mientras la sangre volvía a manarle sobre su vestido; *creo que, en ese momento, murió.*

Dejamos atrás otros cuerpos de hombres y mujeres, y cuatro niños muertos más, que parecían muy manchados a la luz del día. Avanzamos en dirección a la aldea, cuya soledad ya sabíamos que significaba muerte y horror. En los alrededores se veían muros de adobe, pieles de oveja y, sobre una de ellas, algo rojo y blanco. Miré con más detenimiento y vi el cuerpo de una mujer envuelto en una piel, bocabajo, clavada allí por una bayoneta de sierra cuyo mango destacaba ominosamente entre sus piernas desnudas. La mujer estaba embarazada, y en torno a ella había otros cadáveres, hasta un total quizás de veinte, muertos de diversas formas, pero dispuestos todos ellos con obscuro sentido del gusto.

Zaagi irrumpió con salvajes risotadas, tanto más desoladas cuanto más tibia era la luz del sol y más claro el aire de aquella tarde de tierra adentro. Yo le dije: 'traedme cuantos más turcos muertos mejor', y nos volvimos contra los enemigos que se alejaban, rematando a aquellos que se habían rezagado por haber caído heridos y se acercaban a nosotros implorando piedad. Un turco herido, medio desnudo e incapaz de andar, se sentó mirando hacia nosotros e imploró. Abdulla se apartó de él, pero Zaagi, profiriendo maldiciones, se salió del camino y descerrajó tres tiros con su automática sobre el pecho desnudo del hombre. La sangre empezó a manarle con el ritmo de los latidos del corazón, cada vez más lento, cada vez lento...

Tallal había visto cuanto había que ver. Empezó a sollozar como un animal herido; luego se dirigió a un altozano y se quedó allí quieto sobre su yegua, titiritando y con la mirada puesta en los turcos. Me acerqué a él para hablarle, pero Auda me cogió de las riendas y me detuvo. Muy lentamente, Tallal se tapó la cara con su paño de cabeza; y de pronto *pareció posesionarse de nuevo de sí mismo*, porque clavó las espuelas en los flancos de su yegua y arrancó al galope, inclinado hacia delante y bamboleándose en su silla, dirigiéndose directamente contra el enemigo.

Fue una larga cabalgada por una suave pendiente y a través de una hondonada. Nos quedamos allí quietos como piedras, mientras él se abalanzaba hacia su objetivo, con el ruido de los cascos de su caballo tamborileándonos antinaturalmente fuerte en los oídos, porque habíamos dejado de disparar y los turcos se habían detenido. Ambos ejércitos lo esperaban y el siguió avanzando en medio del calmo atardecer hasta quedar a poca distancia hasta quedar a poca distancia del enemigo. Entonces se enderezó en su silla y profirió su grito de guerra -"¡Talla! ¡Talla!"- dos veces, con tremenda voz. Al instante los rifles y ametralladoras turcas empezaron a disparar y él y su yegua, atravesados por múltiples balas, cayeron muertos sobre las puntas de las lanzas.

Auda tenía un aspecto frío y adusto. 'Dios tenga piedad de él. Nos cobraremos su vida'. Y agitando sus riendas avanzó lentamente hacia el enemigo. Llamamos a los campesinos, ebrios ya de miedo y de sangre, y los enviamos por los dos flancos de la columna en retirada. [...] Por primera vez en nuestra guerra, di orden de no hacer prisioneros. [...] Hacia la puesta sol los habíamos hecho trizas. [...] Hacia la anochecida la llanura aparecía cubierta de hombres y caballos muertos. Sobrecogidos por el horror de Tafas, matamos y matamos, golpeando incluso las cabezas de los caídos y de los animales; como si su muerte y el derramamiento de su sangre pudieran aplacar nuestra agonía.

Un grupo de árabes que no había llegado a oír nuestras órdenes tomó prisioneros a doscientos turcos de la sección central. Corto fue su respiro. Me había acercado a ver qué pasaba no mostrándome del todo contrario a que aquel remanente sobreviviera como testigo del precio cobrado por Tallal. Pero un hombre tirado en tierra tras ellos pidió algo a los árabes que, pálidos, me llevaron hasta él. Era uno de los nuestros. Su sangre inundaba el suelo. Se hallaba agonizando, pero ni siquiera así lo habían respetado. Había sido torturado, atravesado atravesándolo con bayonetas hasta clavarlo en el suelo como un insecto. Estaba plenamente consciente. Cuando le preguntamos 'Hassán, ¿quién te ha hecho esto?', dirigió la vista sobre los prisioneros, que se apretujaban en la mayor desesperación. Permanecieron mudos hasta que abrimos fuego sobre ellos. Cuando Hassán murió ya nada se movía en el montón de prisioneros. [...] Fue aquella una de esas noches en que los hombres se vuelven locos y la muerte parece imposible, por muchos que sean los que mueren a izquierda y derecha, y en que las vidas de otros se convierten en juguetes para romper y tirar<sup>70</sup>.

El episodio del hospital está en el penúltimo y último capítulos (CXXI y CXXII) del mismo libro X ("La casa se culmina") que cierra la obra:

<sup>70</sup>. E.T. Lawrence. *Los siete pilares de la sabiduría*. Págs. 876 a 880.

[Tras la toma de Damasco Lawrence —que ha procurado tomar las medidas posibles para garantizar la atención a los heridos en los tres hospitales árabes— avisado por un doctor australiano de que “por amor a la humanidad” fuera a ver el abandonado hospital turco] “Grité por la gran puerta del barracón y entre el polvoriento eco de olas naves. Pero nadie me respondió. El enorme, desierto y soleado patio estaba cubierto de basuras. El guardia me dijo que miles de prisioneros habían sido sacados de allí el día anterior y conducidos a un campamento a las afueras de la ciudad. Y desde entonces nadie más había vuelto a entrar o a salir. Fui hasta el extremo final del barracón, a cuya izquierda había un pasillo clausurado, negro en contraste con la cegadora luz solar del patio encalado.

Penetré allí, para toparme con un hedor enfermante y, según mis ojos fueron acostumbrándose a la media luz, una visión igualmente enfermante. El suelo de piedra estaba cubierto de cuerpos muertos, colocados unos junto a otros, vestidos unos de uniforme completo, otros en ropa interior, y otros totalmente desnudos. Debía haber unos treinta allí y las ratas pululaban por encima de ellos, abriendo rojas galerías en su interior. Unos pocos eran cadáveres casi frescos, tal vez sólo de uno o dos días: otros debían llevar allí largo tiempo. La carne de algunos, ya pútrida, presentaba un color entre amarillo, azul y negro. Muchos estaban hinchados hasta alcanzar dos y tres veces el volumen que presentaban en vida, con sus negras bocas sonriendo en sus hinchadas cabezas por entre mandíbulas recubiertas de babas. Las partes blandas de otros aparecían caídas. Y unos pocos ya habían reventado, y empezaban a entrar en estado liquefacto.

Más allá podía verse una gran habitación desde la que parecía venir un quejido. Avancé hacia allá, por sobre la blanda estera de cuerpos cuyas ropas, amarillas de estiércol, crujían secamente bajo mis pisadas. En el interior de la sala el aire estaba cargado y caliginoso y el ordenado batallón de camastros ocupados tan calmo que pensé que también sus ocupantes estaban muertos, cada hombre rígido sobre su pestilente jergón, desde el que el líquido mucoso había goteado hasta secarse en el suelo de cemento.

Penetré un poco por entre las hileras de catres, recogíendome las blancas haldas de la túnica, para no mancharlas con mis pies descalzos tras su encharcada marcha. En ese momento oí un suspiro y me volví rápidamente para encontrarme con los abiertos ojos de azabache de un hombre tendido, cuyos trémulos labios crepitaban: ‘Aman, Aman’ (‘Piedad, piedad’). Se produjo entonces como un oscuro ondular, al tiempo que varios intentaban alzar sus manos y una



leve agitación como de hojas mustias se hacía sentir al caer de nuevo sobre sus lechos.

Ninguno de ellos tenía la fuerza suficiente para hablar, pero había algo, en su bisbisear al unísono, como siguiendo una orden, que me provocó la risa. Sin duda habían tenido tiempo de ensayar su lamento en los dos últimos días, cada vez que un soldado curioso entraba a mirar en aquella sala y se iba.

Atravesé corriendo el arco que daba acceso al jardín, donde los australianos formaban ordenados piquetes, y solicité una cuadrilla de trabajo. [...] ...Obligamos a los cincuenta prisioneros más aptos de la gran sala a convertirse en cuadrilla de desescombro. [...] Los médicos nos informaron de cincuenta y seis muertos, doscientos agonizantes y setecientos no peligrosamente enfermos... Empezamos las operaciones con un foso de seis pies en un extremo del patio... Cerca había mucha cal viva, que podría servir para cubrir los cuerpos... Formamos una cuadrilla de camilleros para bajar los cadáveres... La trinchera resultaba pequeña, pero la masa era tan fluida que cada recién llegado, al ser echado dentro, resbalaba suavemente rellenando los huecos de la pila con su peso [...]

Por la mañana todo estaba arreglado... Hasta el hospital había mejorado... Cincuenta prisionero habían limpiado el patio, quemando los asquerosos desperdicios. Un segundo grupo había cavado otra gran fosa común en el jardín... Otros habían recorrido las salas de los enfermos, lavándolos uno a uno, proporcionándoles camisas limpias y dando la vuelta a las colchonetas para colocarlos sobre el lado más limpio. Habíamos podido encontrar comida adecuada para todos ... y cada sala dispuso de un ordenanza que hablara turco... [...]

A este ritmo pensábamos tener las cosas perfectamente dispuestas en tres días. Me hallaba contemplando orgullosamente estos logros, cuando un comandante médico hizo su aparición y me preguntó abruptamente si yo hablaba inglés. Con mirada de disgusto hacia mi túnica y mis sandalias, dijo: '¿Es usted quien lleva esto?'. Con una modesta sonrisa respondí que así era, a lo que él prorrumpió: '¡Escandaloso, tremendo, intolerable! Habría que fusilarlo'. Ante semejante andanada, cacareé como un pollo, invadido por una loca y tensa risa; resultaba extraordinariamente divertido recibir tal cúmulo de maldiciones, justo cuando empezaba a felicitarme por haber mejorado lo que aparentemente no tenía remedio. [...] Se me quedó mirando, al tiempo que musitaba: '¡Maldito bruto!'. Yo quise decir algo de nuevo, pero él me propinó una bofetada y se



marchó, dejándome más avergonzado que enfadado, ya que en el fondo pensaba que tenía razón y que cualquiera que lleve a cabo con éxito una rebelión de los débiles contra sus amos, debe salir de ella tan manchado en su autoestima que nada en el mundo podrá luego hacerle sentir limpio.”

La tragedia de Lawrence se consume con la lenta extinción interior del héroe que creía ser, del hombre diferente a todos los demás abocado a un destino excepcional. También —y este rasgo lo aproxima extraordinariamente a Jim— del hombre limpio, revestido de una especie de gracia espiritual que hace imposible que el mal —como mezcla de crueldad, vulgaridad y cálculo— le salpique. En paralelo está el fracaso que supone el éxito de su rebelión para sus planes. El hombre excepcional que “ha llevado a cabo con éxito una rebelión de los débiles contra sus amos” se descubre a sí mismo como la pieza de un engranaje que pretende, no la liberación de los árabes, sino su sometimiento a las grandes potencias vencedoras de la Primera Guerra, sobre todo a Inglaterra y Francia. El Stein que envía a Jim a Patusan es un hombre honrado que juega limpiamente con Jim (aunque es evidente que subyacen intereses coloniales en la batalla por Patusan), pero el Allenby de quien Lawrence depende utiliza a Lawrence dentro del vasto juego de intereses militares y políticos que tejen como parcas la desgracia del héroe liberador que Lawrence cree ser. Sólo una página más allá del episodio del hospital, Lawrence cierra su autobiografía recordando el encuentro entre Feisal y Allenby en Damasco (“Era de lo más justo que ambos jefes se encontraran por primera vez en pleno corazón de su victoria, y que yo fuera el intérprete entre ambos”) y su posterior e inmediata petición a Allenby de traslado lejos de Arabia. Al negarse, Lawrence asume cínicamente y dolorosamente su derrota, al tiempo que sutilmente desvela el cinismo que con Allenby le ha utilizado, haciéndole ver que sin él será mucho más fácil “imponer el Nuevo Orden”. El libro se cierra así: “Finalmente accedió. Y pronto me di cuenta de cuanto lo habría de sentir”. Lean sintetiza, admirablemente, este complejo y contradictorio final con la mirada que dirige Lawrence a los beduinos que sobre sus camellos son adelantados por el coche que le lleva a embarcarse para dejar Arabia.

El final histórico de Lawrence y el novelesco de Jim son desconcertantemente parecidos. De alguna forma ambos se inmolan —uno simbólicamente, el otro en la realidad— para hacer real el personaje que han querido ser. Lawrence renuncia al inmenso poder que se le ofrece, a la fama y popularidad que ha alcanzado y a los honores que le corresponden y lleva una vida anónima bajo un falso nombre en aburridos destacamentos militares hasta fallecer en un accidente de moto (gran acierto el de Lean y Bolt al hacer arrancar

el film con el accidente de moto —lo banal de su “mal final” está así presente desde el principio— y seguirlo después, tan conradianamente por otra parte, reconstruyendo la historia a partir de la polifonía de opiniones de quienes salen de su funeral en San Pablo). La única posibilidad que le es dada a Lawrence de *salvaguardar lo que queda de su autoimagen y de su gesta depende de su alejamiento del escenario en que las vivió y, sobre todo, de su no participación en la instauración de ese “Nuevo Orden” que traiciona sus aspiraciones de la peor forma posible: no destruyéndolas, lo que tendría cierta negativa grandeza, sino diluyéndolas en la diplomacia (matiz espléndidamente simplificado y resumido por Lean en la antepenúltima secuencia de la película). Irse, perder su nombre y su rango; y volver, escribiendo, al desierto a través de la redacción de Los siete pilares de la sabiduría, fue la solución a la vez autoinmoladora y autoabsolutoria de Lawrence. Esa voluntad de dejar de ser él mismo, como si tratara de una intolerable carga, y diluirse en la irresponsabilidad de los miserables innominados que a todo han renunciado —o que de todo han sido desposeídos— y por ello nada esperan de sí mismos ni de los otros, nada se exigen a sí mismos ni les es exigido, tentó a Lawrence a largo de toda su vida (como tentó a Jim cuando se perdió en la selva intentando dejar tras sí la tragedia el Patna, ser “normal” y, sobre todo, digno de confianza). En Lawrence esta tentación del anonimato como nada del héroe se reviste de un carácter autodestructivo que él mismo relata con embarazosa objetividad: “Me gustaban las cosas inferiores y extraía placer de aventurarme en lo bajo. Parecía haber una certidumbre en la degradación, una seguridad última. El hombre puede escalar cualquier cima, pero hay un nivel animal por debajo del cual no puede caer. Hay una satisfacción en la que poder reposar. La fuerza de las cosas, años y años de artificial dignidad, me lo negaban cada vez más; pero aún perduraba el regusto de la libertad de una quincena juvenil sumergido en Port Said, atizando calderas con marginados de tres continentes y acurrucándome por las noches para dormir en el barracón de De Lesseps, junto al que el mar discurría agitado”<sup>71</sup>.*

Jim, por su parte, ha de enfrentarse a las consecuencias de su soberbia. También su rebelión ha triunfado y fracasado a la vez. Han derrotado a los piratas pero ha sido personalmente derrotado por el caballero Brown que, aprovechándose de la debilidad de Jim por ser creído y respetado, le tiende una trampa en forma de falsa promesa a consecuencia de la que muere su íntimo amigo e hijo del jefe Doramin. Jim había avalado su acuerdo con el caballero

<sup>71</sup>-. E. T. Lawrence. *Los siete pilares de la sabiduría* Pág. 783. ¿Influyó esta página sobre la escritura del guión del “Lord Jim” de Richard Brooks, que soluciona en una secuencia de montaje así la pérdida de Jim en los submundos de los muelles tras el juicio del Patna? ¿De la misma forma que existe una ascendencia conradiana sobre el Lawrence recreado por Lean existe una ascendencia lawrenciana sobre el Jim recreado por Brooks? ¿Cuáles son las relaciones reales entre estos dos libros y estas dos películas?



Brown con su propia vida, y en el final de la novela se presenta ante Doramin —que le ha dado la oportunidad de huir— para pagar su deuda. La comparecencia de Jim ante Doramin no es contraria a la de Lawrence ante Allenby. Ambos renuncian a lo que nadie renunciaría —el poder y la fama (Lawrence), el amor y la propia vida (Jim)— por fidelidad a la imagen que tienen de sí mismos. Conrad lo expresa admirablemente así en el final del último capítulo de *Lord Jim*: “Podemos verlo como un oscuro conquistador de la fama que, a una señal, a un simple llamada de su egoísmo exaltado, escapa de los brazos de un amor celoso. Se aparta de una mujer real para celebrar sus despiadadas bodas con un borroso ideal de conducta”.

Los dos textos —el de E. T. Lawrence y el de Conrad— son dos dramáticas interrogaciones sobre el heroísmo como impostura en la edad moderna, en una guerra moderna, rotos los antiguos ideales heroicos. Los héroes occidentales —Lawrence y Jim— son actores, impostores que quieren parecerse al sueño de sí mismos y para ello juegan con las vidas de los nativos —los beduinos, los nativos de Patusan— que sí creen aún en el heroísmo y pueden sentir en ellos mismos su salvaje y primitiva fuerza. Tras los dos textos late la moderna crisis del héroe, resumida en las famosas frases de Carlyle —“No es sólo un héroe lo que hace falta, sino un mundo preparado para recibirle”— y Goethe —“No hay hombre grande para su ayuda de cámara, dice un conocido proverbio. Yo he añadido que si así ocurre no es porque aquel no sea un héroe, sino porque este no es más que un criado”. Tal vez Lawrence y Jim tuvieron la desdicha de ser los criados de sí mismos, además de vivir en un mundo moderno que nace durante la Primera Guerra Mundial— que no estaba preparado para recibirles.